

lindrosa, que no admita en este género reduplicaciones que, si no dan gracia, dan alto y noble espíritu á la sentencia, y suponen en el escritor gran carácter y no vulgar filosofía. Cervantes de Salazar, que escribía á mediados del siglo XVI, hablando de que ningun animal sirve ni está sujeto á otro animal, prosigue: *Solo el hombre con el hombre tiene guerra; el hombre al hombre desea mal; el hombre fatiga y sujeta al hombre.* Parecerá pueril esta repetición; pues no lo es, antes si muy varonil. De ella saca toda su eficacia y amargura tan vergonzosa verdad, pronunciándola ó leyéndola con el énfasis y pausas que pide cada miembro de la oración. Hablando de Motezuma, dice Solís con muy oportuna y sentenciosa reduplicación de unas mismas palabras: *Era contenido en la gula, y moderado en la sensualidad; pero estas virtudes tanto de hombre, como de rey, se deslucian ó se apagaban con mayores vicios de hombre y de rey.* Esto era pecar á dos manos; y esto no se podía espresar sin la repetición, que realza mas el contraste de las virtudes y vicios en una persona que tenia dos predicamentos, moral y político.

Traducción.

Esta figura se comete cuando se ponen las palabras duplicadas, triplicadas, y no formalmente en una misma terminación, sino variada por género ó número, de que resulta una ligera variedad de sonidos en las sílabas finales, que dan cierta hermosura y elegancia á la oración, como aquella muy conocida de Cicerón: *Llenos están todos los libros, llenas las máximas de los sa-*

bios, llena de ejemplos la antigüedad.—*Preciosos son los tesoros de la amistad, preciosa su compañía, preciosos sus beneficios.*—Y lo otro de Lope de Vega, en su angélica: *¡O niñas, niño amor, niños antojos!*

Gradación.

La gradación es aquella progresión de palabras que enlazadas de dos en dos, van formando como una escalera, subiendo en esta forma hasta la que es término del incremento de toda la oración. Esta figura debe ser considerada con dos respectos: en cuanto á la disposición y orden mecánico, digámoslo así, de las palabras, pertenece á la especie de las llamadas de *dicción*; y en cuanto al orden ó incremento de las ideas pasa á la clase de las de *sentencia* y se llama allí *aumentación*.

Sea la primera lección de esta figura, tomada por el orden y repetición de las palabras, en las que está implícita la gradación del pensamiento, el ejemplo siguiente de un autor anónimo: *Numa fundó las costumbres romanas en el trabajo; el trabajo en el honor; y el honor en el amor de la patria.*—Léese en otro anónimo el siguiente: *El fin de la guerra debe ser la victoria, el de la victoria la conquista, y el de la conquista la conservación.* Hermosa es la chanza de que usa Cicerón con Pomponio Atico, cuando le dice: *Si duermes, despiértate; si estás despierto, anda; si andas, corre; si corres, vuela.* Dice Gomez Arias en sus Avisos morales por una gradación muy libre y agradable: *De ordinario llamamos pobre al mendigo; y nadie se libra*

de serlo. Pide el pobre al rico, el rico al poderoso, el poderoso al rey, y para que no se exceptue de mendigar la magestad, cuando todos la piden, pide ella á todos.

Como son tan variados los modos de hacer esta figura aunque su forma sea una misma; vamos á poner algunos egemplos en diferentes géneros de estilo para hacer mas amena y agradable la leccion. Sea el primero Miguel de Cervantes, cuando dice: *Al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas; y no el gastarlas, como quiera, sino el saberlas gastar.* — Oigamos á Fr. Antonio de Guevara, donde dice: *veo que el que tiene mucho, tiraniza al que tiene poco; que el que tiene poco sirve, aunque no quiera, al que tiene mucho; que la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta, y la malicia secreta da lugar al robo público, y al robo público no hay quien le vaya á la mano.* — Concluyamos con este egemplo del siempre retórico y siempre elocuente Fr. Luis de Granada, hablando del beneficio de la justificacion del pecador: *Al Espiritu Santo se atribuye la justificacion del hombre: porque él es quien previene al pecador con su misericordia; y prevenido, le llama; y llamado, le justifica; y justificado, le guia derechamente por las sendas de la justicia.*

Manera breve, natural y elegante de esta figura, es esta de Cervantes: *La buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo.* — En D. Diego de Saavedra leemos esta no menos elegante y concisa gradacion: *No recibir de algunos, es inhumanidad; de muchos, vileza; y de todos, avaricia.* — El

mismo autor dice en otra sin mas artificio que la simple y natural gradacion que ofrecen el orden de pocos, muchos, todos: *Pocos negocios vence el impetu, muchos el sufrimiento; y casi todos la razon, ó el interes.* — Hablando con el pecador ingrato á Dios y endurecido, dicele Fr. Luis de Granada: ; *O miserable de ti por lo que perdiste, y mucho mas por lo que hiciste, y muy mucho mas si con todo esto no sientes tu perdicion!*

Aunque la composicion de esta figura no puede depender del orden de los pensamientos sin depender á un mismo tiempo del orden de las palabras; hay casos en que este mismo orden y repeticion de una palabra, que por sí sola no tiene un valor incremental, lo recibe de la especie de relacion progresiva y gradual en que el arte la coloca. Por este término dice un historiador: *Newton, este Newton, el inmortal Newton, tuvo que confesar la ignorancia del hombre.* La palabra *Newton* cien veces repetida no alcanzaria mas valor que el que en sí tiene este nombre; pero repetida con ciertos accidentes que la distinguen, realza cada vez la opinion de la persona. El pronombre *este* saca su fuerza, no de sí mismo, sino del lugar que ocupa, porque puesto en el segundo engrandece la idea simple que llevamos formada por la primera palabra *Newton*; y el atributo *inmortal* levanta aun mas la segunda idea.

Otro historiador, hablando del respeto que causó á las Potencias de Europa Enrique IV de Francia despues que quedó pacífico poseedor de la corona tanto tiempo disputada, dice: *Un hombre puesto en su lugar, un rey; un Enrique, se*

presenta, y todos callan. Aquí las palabras *hombre, rey y Enrique* tomadas en sí mismas, no declaran ningún incremento; pero en la gradación que se presentan la segunda realza á la primera, y la tercera á la segunda, por medio de una idea enfática que viene de la correlación de atributos, callados pero entendidos en el lugar que guardan cada una de aquellas tres palabras, sin guardar el orden natural, como si dijéramos: un *hombre* que había nacido para ser rey: un *rey* que sabía serlo; un *Enrique*, es decir su renombre, sus hazañas, y sobre todo sus virtudes personales.

Conjuncion.

Esta figura, que el gramático la considera como una partícula, como una conjunción, y la vista vulgar como una simple letra, ocupa un buen lugar en la retórica, y en la elocución oratoria no tiene poca influencia.

Así como en las manos de un hábil artífice las piezas mas menudas, y á la vista informes, reciben mucha hermosura por su oportuna é ingeniosa colocación; así las conjunciones, siendo la parte mas pequeña de la oración, se hacen grandes y muy visibles colocadas, y repetidas oportunamente por el tino del orador. Sirven en cada miembro del período para insistir mas y mas en la representación de aquellos objetos de que está ocupado el ánimo y la imaginación del que habla; mas no arrebatada de alguna vehemente idea, porque en este caso se suprimen estas ligaduras para dar mas soltura y rapidez á la expresión; y de esta libertad de las conjunciones se

forma la *Disolucion*, que es la figura contraria, de que hablaremos despues.

De esta manera se explica una doncella israelita pintando la mortalidad de su nacion ordenada por Amán: *¡Qué mortalidad por todas partes! Se degüella á un tiempo mismo á los niños, y á los ancianos, y á la hermana, y al hermano, y á la hija, y á la madre, y al hijo abrazado con su padre.* En cada conjunción hace el espíritu una pausa, se renueva el horror, y se añade un nuevo motivo á la compasión. Desecho el artificio de esta compasión, diciendo: *Se degüella á niños, ancianos, hermanos, hijos, madres, y padres,* se convertiría la descripción en un monton de muertos, y en un horror y lástima general y pasajera, como la de la conmemoración de los difuntos, que tiene día señalado todos los años.

Sirve tambien esta figura grandemente para la amplificación, como en este egemplo de Fr. Luis de Granada ponderando la cuenta del día del Juicio, en que tendrá el pecador por acusadores cuantos le precedieron en las buenas obras, y por testigos contra si cuantos le dieron egemplos de virtud: *¡Y con esperar tal juicio, no acabo de poner freno á mis vicios? ¡todavía me envilece la gula, y me persigue la lujuria, y me envanece la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la envidia, y me levanta la ambición, y me perturba la ira, y me derrama la liviandad?*—Hablando el P. Ortiz de los frutos de la limosna dice: *La primera condiccion que se ha de considerar en la obra de misericordia, es que sea viva y formada, y llena, y valerosa, y la que propiamente se puede llamar atesorada en el cielo.*

Redóblanse felizmente las partículas copulativas para pintar con mas energía la diferencia de cada una de las cosas ó actos que queremos representar, llamando en cada pausa del inciso la consideracion del lector separadamente, como en la Elegía de Herrera á la muerte del Rey D. Sebastian en África, con alusion al egército de Faraon en el paso del mar vermejo, cuando dice:

*Y el Santo de Israel abrió la mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
Y el carro, y el caballo, y el caballero.*

Disolucion.

Esta figura, opuesta á la *conjuncion*, se hace cuando la sentencia no se traba con vínculos ó ligaduras conjuntivas, y como no se enlazan las palabras, parece que el que habla tiene mucho que decir: suéltanse los nudos á la oracion, mas no se corta el hilo. Este desenlace y division hacen al estilo acelerado y vehemente en la forma del decir, y lo apartan de la vulgar locucion. Servimonos de esta figura para decir alguna cosa con aquel impetu y brevedad que pide la agitacion del ánimo ó la grandeza del pensamiento. Mas este desatamiento de los miembros no ha de ser muy dilatado, porque engendra fastidio la perpetua semejanza, que descubre el estudio, y no la pasion.

Dejando el tan trillado *veni, vidi, vici*, de Julio Cesar para los eruditos, y el otro no ménos conocido *abiit, excessit, evasit, erupit* de Ciceron hablando de Catilina, sacarémos otros ejemplos de lo que dice un historiador de ciertas

tropas fugitivas. *Huyeron, se precipitaron, perecieron.*—De las últimas acciones de la vida de Marco Bruto dice un politico: *Bruto quiere dar á Roma la libertad, levanta un egército, acomete, pella, se mata.*—En la profesia del Tajo por el Maestro Leon habla el rio al rey Rodrigo de esta manera:

*Acude, acorre, vuela,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano,*

No siempre son los verbos que espresan el pensamiento los que se desatan, sino tambien los nombres propios de las cosas. De esta manera espresa los sentimientos de su ánimo una Princesa despechada en boca de un autor: *A Dios: puedes partir: yo me quedo en Epiro, y renuncio á la Grecia, á Esparta, á su imperio, á mi familia.*

La omision de las conjunciones sirve muchas veces para que las cosas parezcan mas estrechamente unidas, así como su repeticion las separa en cierta manera. Así es que debemos usar de la disyuncion para denotar rapidez, y de la conjuncion para retardar y agravar. Tiene otra particularidad la omision de estas partículas, y es que, como ningun inciso se liga uno con otro, ni el último tampoco, parece que el que habla no dice todo lo que siente, y pue podria añadir aun puesto que se deja como pendiente y no cerrada la sentencia, y de este modo se viene á cometer implicitamente una *Reticencia*.

Adjuncion.

Esta *figura*, que es *Zeuma* en griego, y en español corresponde á ligadura ó ayuntamiento, se comete cuando el verbo que se pone al principio, ó al fin, ó al medio de la oracion, rige en comun muchas sentencias, y conviene á todas con igual significado; de suerte que cada una de ellas separada no podria formar sentido sin repetir en todas aquel verbo, como en este ejemplo *Burgos os da antigüedad: nobleza Galicia: Leon coronas, y Toledo fortaleza.*—Esta otra en la misma forma: *caballos produjo Córdoba: Jarama toros feroces: insignes capitanes Castilla: Aragon insignes reyes.* En esta oracion, compuesta de otras cuatro, se ve con mucha gala entenderse otras tantas veces un mismo verbo, sin repetirse en ninguna.

Relacion.

Esta *figura* consiste principalmente en una coordinacion de palabras que, colocadas con cierta cimetria, se corresponden entre si, y forman una especie de armonia y cadencia, muy necesaria á la elegancia del estilo, como cuando Ciceron dice de Pompeyo: *Hizo brillar en la guerra su valor, en el gobierno su justicia, y en las embajadas su prudencia.*—Del gran Mariscal de Francia el Vizconde de Turena dice un orador en su oracion fúnebre: *Hombre grande en la adversidad por su fortaleza, en la prosperidad por su modestia, en las dificultades por su prudencia, en los peligros por su valor, y en la religion por su piedad.*

El P. Mariana en el razonamiento que pone en boca del Condestable de Castilla persuadiendo al Infante de Antequera que se dejase jurar por rey, dice: *Os convidamos con la corona de vuestros padres y abuelos: resolucion cumplidera para vos, honrosa para el reino, y saludable para todos.*—D. Antonio Solis dice que en una de las empresas mas peligrosas era tan grande la buena voluntad de los soldados para seguir á Cortés, que este tuvo que valerse de su autoridad para nombrar á los que debian quedarse: *tanto se fiaban (dice) los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los mas en la fortuna de su capitán.*

Desinencia semejante.

Esta *figura* se comete cuando en el remate de muchos miembros ó períodos de la oracion concurren palabras semejantes por el número y sonido de sus sílabas, como cuando dice Ciceron: *No solo á su voluntad los ciudadanos asintieron, los aliados lisongearon, los enemigos obedecieron; mas hasta los vientos y las tempestades respetaron.*

Hablando de los personajes heróicos que asistieron á las fiestas de las bodas del trabajo y la diligencia, bajo el velo de un cuento moral, añade Luis Megia: *Hallóse allí Camilo con cinco dictaduras á cuestras, prometiendo templo á la Concordia, despues de tantas veces acusado, tantas veces desterrado, tantas veces revocado por el pueblo romano.*

Hablando de la condicion de los ambiciosos que jamas sacian sus deseos, dice Fr. Antonio

de Guevara: ¡O cuantos en las cortes de los principes hemos visto, á los cuales estuviera mejor el nunca ser señores de su querer! porque despues, haciendo todo lo que podian y lo que querian, vinieron á hacer lo que no debian.

Cadencia semejante.

Otra de las figuras que han señalado los retóricos á la armonía es la *simili-cadencia*, por cuanto las palabras que terminan las cláusulas al cerrar la sentencia tienen una caída semejante, mas de ningun modo consonante. Servirán de egemplos las dos muestras que vamos á trasladar. Sea este el primero: *Tenia por su alto empleo muchos negocios que tratar, muchos libros que leer, muchas cartas que escribir.* Aqui vemos diferenciadas las terminaciones de tres verbos, finalizando la primera en *ar*, la segunda en *er*, y la tercera en *ir*. Para el segundo egemplo pondremos esta oracion del obispo Guevara: *No basta (dice) que el Juez sea verdadero en sus palabras, mas ha de ser tambien recto en sus obras; que ni el amor le venza, ni el temor le rinda, ni el ruego le ablande, ni el regalo le corrumpa.*

Veamos tambien en este egemplo con que cuidado, sin descuidarse de la armonía, interpola el autor las cadencias sonoras de cada cláusula, variadas en *za*, *inda*, *ande*, y *ompa*.

Hemos de confesar que todas estas formas pulidas de desinencias y cadencias, escogidas de intento como figuras retóricas, y traídas por pura armonía, son afectaciones de principiantes ó de escritores de estragado gusto; pero usadas por necesidad, esto es, cuando, para evitar una de-

sagradable monotonia, se ha de consultar al oido, son gracia y discrecion. Y aunque en uno y otro caso hace el arte su primer papel; en el último sirve de socorro, mas que de ostentacion.

§. II.

FIGURAS DE SENTENCIA.

Llamanse figuras de *sentencia* á diferencia de las de *dicción*, aquellas cuyo valor y artificio no dependen de la colocacion de las palabras, ni del ornato que esta colocacion da á la frase, sino del sentido que recibe toda la oracion de la forma de su contestura, de la cual reciben espíritu y esplendor los pensamientos, y calor y accion los sentimientos del ánimo. Con ellas se forjan las armas de la persuasion, se engrandecen las ideas, y se habla al corazon y á los ojos. Estos son los instrumentos de la elocuencia, y los nervios del estilo oratorio; las otras son sus colores.

Las figuras de sentencia se forman ó por *contrariedad* ó *contencion*; ó por *incremento*; ó por *abrupcion*, ó por *peticion*; ó por *amplificacion*, ó por *ficción*.

Antítesis.

Esta *figura* es aquella oposicion de palabras ó de ideas que forman por su contraposicion un sentido contrario entre sí, ya sea por relativos ó por contrarios, ó por primitivos, ó por contradictorios. Cuando la oposicion campea en solas palabras, como acontece á los escritores frívolos y superficiales; pertenece esta figura mas á las de *dicción* que á las de *sentencia*.